

contraeria recibiendo el bautismo, y le proponiamos libros y una conferencia muchas veces á la semana para explicarle lo que hubiera estudiado: todo esto le admiró mucho, y faltó poco para que el desistiera. Contestó que estaba instruido, que habia oido hablar muchas veces de religion. En efecto tuvimos ocasion de asegurarnos que su buen sentido le habia hecho adivinar la necesidad de la existencia de Dios, que el sabia que no era cristiano, y esto era todo, porque de los misterios y de los sacramentos aun los nombres ignoraba. Se retiró un poco resfriado y no le volvimos á ver, sino una vez en todo el mes de Agosto, y nos estrechaba á terminar lo que el llamaba su asunto: le recordamos las condiciones que le habiamos puesto, y se retiró disgustado. No creiamos volverle á ver; pero la divina bondad tenia sobre el designios de una misericordia especial.

El domingo 3 de Setiembre pasaba este oficial por la plaza de los padres menores á las siete y media de la noche al tiempo en que el predicador subia al pulpito: ve dos mugeres que entran al templo de N. S. de las Victorias, las sigue maquinalmente hasta llegar delante del altar del santo Corazon de Maria. El predicador

refiriendo la juventud de S. Agustin habla de Tagaste, de Hipona y de Cartago: estos lugares no le son desconocidos, el ha vuelto de Argel, esto lo interesa. A la partida que el santo hizo de Africa para Roma el redobla su atencion: ha hecho las guerras de Italia. Al fin del oficio, no teniendo el Cura un pecador que recomendar con particularidad, se sintió inspirado para recomendar á la devocion de los fieles, durante la oracion publica que se iba á hacer por los pecadores, el alma, que de entre los presentes en la asistencia, tuviera mas necesidad de la gracia de conversion. El capitán estaba todavia allí conmovido por todo lo que acababa de ver y de escuchar: esta ultima circunstancia lo hiere vivamente. Cae postrado de rodillas, ora; acaso jamas en su vida habia hecho otro tanto. Pero dejemos á el mismo que nos cuente las impresiones por las cuales comenzó á agitar su corazon la dulce y omnipotente gracia del Señor.

El lunes 4 de Setiembre vino á buscarnos: su visita nos admiró porque nos habia hablado en las dos conferencias que habiamos tenido con el, de la estrecha obligacion que tenia de reunirse á su cuerpo, por esto ya lo creiamos fuera de Paris. "Padre mio, nos dijo, yo he ido a-

yer tarde á la misa en vuestra Iglesia: pasaba por la plaza de los padres menores á las siete y media de la tarde, cuando vi entrar á dos mujeres en la Iglesia. Yo creia que no se decia misa á esta hora, por esto quise ver lo que ellas iban á hacer. Entré por curiosidad, á ese tiempo subisteis al pulpito, hablasteis de Hipona, de Cartago: estas ciudades están situadas en la costa de Africa, yo he oido hablar de ellas cuando estaba en Argel: esto me interesó mucho. Cuando S. Agustin partió de Africa para ir á Italia, me dije: ¡ah! veamos si el ha estado en las ciudades que yo conozco, porque he recorrido toda la Italia, he estado con mi padre en todas las campañas, soy soldado desde la edad de 14 años. He estado muchas veces en Roma: me he detenido en Milan. Vos habeis hablado de S. Ambrosio, he visto su sepulcro, he tenido muchas relaciones con el Arzobispo de Milan, he estado muchas veces en su casa. Todo lo que habeis dicho lo he oido con un grande interes. Pero lo que me ha hecho mas impresion es, que convertido S. Agustin, se dispuso para recibir el bautismo, y que para prepararse se retiró á Cassi para recogerse y ejercitarse en la penitencia. Cassi es un pequeño lugar que está á las puertas de Milan, lle-

no de quintas á donde se va los domingos para divertirse, como se va á las orillas de Paris. Me he dicho á mi mismo. ¡Ah! Yo conozco á Cassi, he estado alli muchas veces para bailar, para divertirme, y en seguida he pensado: S. Agustin iba alli para hacer penitencia y prepararse para su bautismo; yo iba para distraerme, para entregarme á mis pasiones, yo no estoy bautizado, yo no soy cristiano. Desde ese momento se me han venido multitud de pensamientos de que no puedo desembarazarme, y me acuerdo de todos los peligros que ha corrido mi vida en el curso de tantas batallas. Me decia ¿que me habria sucedido si yo hubiera muerto sin haber recibido el bautismo? El sudor me venia á la frente. Estuve algun rato sin oir ni entender, porque mis pensamientos me habian quitado el hilo del discurso.

”Vuelto en mi escuché bien lo que habeis dicho de la vida de S. Agustin despues de su bautismo. Lo que me admira es que yo jamas habia pensado en esto. Cuando habeis recomendado á las oraciones de la asamblea al que de entre ella tuviera mas necesidad, pensé luego que esto me tocaba á mi, y me dije: cres tu, si, tu no eres cristiano, tu no eres hijo de Dios. Al instante me

puse de rodillas, oré á Dios de todo mi corazón, le pedi que me concediera recibir el bautismo y le prometí ser cristiano como S. Agustin. Cuando salí de la Iglesia me esperaban unos amigos en el Palacio Real, donde debíamos pasar juntos la tarde; pero yo no tenia humor para ir á donde ellos me esperaban. Me volví á mi casa, entré á mi recámara y me acosté; pero no pude cerrar los ojos en toda la noche, no he pensado mas que en esto. Tengo muy presente que no me habeis bautizado cuando yo lo pedia: de nada me habria servido; yo no sabia lo que era el bautismo. Ahora ya lo he reflexado y veo que para ser cristiano es preciso que corrija mis malas costumbres y que sujete mis pasiones. Y bien, yo lo haré porque quiero ser cristiano como S. Agustin.”

Facilmente le hicimos penetrarse de la necesidad que tenia de instruirse de los principios y de las verdades de la fe, y convenimos que hasta que estuviera bien impuesto de ellas para recibir el bautismo y hacer su primera comunión, estudiaria los libros que le prestáramos, y vendria á conferenciar con nosotros sobre lo que hubiera estudiado. Le dimos á leer el excelente catecismo de Couturier: lo estudió con empeño y vino

pantual á conferenciar por una hora todos los dias desde el 4 hasta el 17 de Setiembre. Fue preciso cortar el curso de nuestras instrucciones, porque terminaba su licencia y tenia que dejar á Paris; pero ya habia adquirido la suficiente. El sabado 17 de Setiembre le administramos, bajo de condicion, el sacramento del bautismo. Esta ceremonia fue sin aparato alguno. Nos pareció en consideracion á su profesion militar que no era preciso que hubiera padrinos, nosotros solo suplimos, y no hubo mas testigo que nuestro sacristan.

Seria muy difícil explicar los sentimientos de nuestro corazón al tiempo que le administráramos este sacramento. Nos era muy satisfactorio abrir la puerta de la salud eterna á un infiel á quien la divina misericordia y la proteccion de la augusta Maria nos habian concedido la gracia de engendrar de nuevo para Jesucristo; pero nuestro gozo se aumentaba todavia mas por la vista del semblante recogido y tan religioso de nuestro neofito. Dulces lagrimas corrían sin cesar de sus ojos mientras la ceremonia, su figura marcial se impresionaba de todos los sentimientos que le inspiraban cada uno de los actos que componen la ceremonia del bautismo. Comprendí

dia su sentido, se lo habíamos hecho estudiar en la esplicacion que ha hecho el sabio Abate Daclot. Con que firmeza respondia á las preguntas por las que le hacíamos contratar, comprometerse á los santos empeños del cristiano; y cuando llegamos á esta pregunta: ¿Renunciáis á las obras de Satanás? vimos manifestarse en sus facciones el sentimiento de una severa indignacion. “Si, padre mio, dijo, yo renuncio, y juro delante de Dios que está aqui presente, dando un gran golpe con el puño sobre la mesa, juro hacer todos mis esfuerzos para no volver á caer en estos pecados que han ofendido á Dios y me han deshonrado.” A la pregunta, si creia en Dios Padre Todopoderoso, en Jesucristo su unico hijo, en el Espiritu Santo y la santa Iglesia catolica, su semblante tomó un caracter de reflexion y de firmeza, y dijo: “Si, padre mio, yo creo firmemente en Dios mi Creador, en Jesucristo mi Salvador que ha muerto por mi, y (mostrando el crucifijo) á quien yo no conocia, y á quien ahora adoro, creo en el Espiritu Santo, creo la santa Iglesia catolica, y creo todo lo que ella enseña, porque no puede enseñar sino lo que Jesucristo mi Dios le ha revelado.” Despues de su bautismo se echó en nues-

tros brazos, nos estrechaba contra su corazon, nos banaba con sus lagrimas y nos decia: “¡Oh padre, que gracias os daré! ¡que bien tan grande me habeis hecho! ¡Yo soy cristiano! ¡Yo soy hijo de Dios!

¿Por que no contaremos aqui un suceso que en si mismo nada significa; pero que unido á las circunstancias, va á mostrar, cuan lleno estaba de la gracia que acababa de recibir este nuevo cristiano? Se habia pasado mas de un cuarto de hora despues del bautismo, se habia asentado la partida, todos nos habíamos entretenido y estábamos tan conmovidos, que no habíamos advertido que aun estaban encendidas las dos luces: entre los dos las apagamos, la del capitan se volvió á encender. “¡Ah! padre mio, exclamó el, se ha vuelto á encender ¡que contento estoy!” ¿Y por que? “¡Oh! yo os voy á decir una muchachada: en mi infancia teníamos entre mis pequeños camaradas, la costumbre, cuando nos hacíamos algunas promesas, de encender unos trozos de leña, si ellos volvian á flamear despues de haberlos apagado, lo mirabamos esto como una señal de fidelidad á nuestras promesas. Bien conocereis que yo no hago de esto un misterio, no hago caudal de una fantasia; pero esto me causa gusto, porque yo quiero ser fiel á

lo que he prometido á Dios. Yo he venido á ser hijo suyo, yo gozo en este momento de una grande felicidad para querer esponerme á perderla.”

La mañana de tan bello dia fue aun mas feliz para nuestro neofito, á quien remitimos como nos lo habia permitido este venerable Prelado, con el Sr. Obispo de Nancy. El domingo 18 de Setiembre tuvo la dicha de hacer su primera comunion y de recibir el sacramento de la confirmacion. El miercoles 21 vino á decirnos á Dios, salia al dia siguiente. Le hemos dado, algunos libros piadosos, y le hemos empenado á que haga en ellos su lectura diaria. Por las incomodidades del carruage publico, que va á hacer en la diligencia hasta Bayona, le hemos aconsejado reemplazar en estos dias su lectura por reflexiones piadosas. “¡Oh padre mio! haré mis lecciones, ya he pensado, he hecho mi maleta; pero me he guardado mis libros de la imitacion de Cristo, el Manual del Cristiano y el diario del cristiano que llevaré conmigo en mi saco de noche.” Pero puede V. encontrarse con pasajeros que suelten algunas proposiciones ¡Proposiciones, padre mio! no las diran, si alguno pareciere admirado le diré: Yo soy cristiano y muy cristiano para poder olvidar mis de-

beres, le diré que he sido bautizado el sabado, que he hecho mi primera comunion el domingo, que ese mismo dia he recibido el sacramento de la confirmacion, cuya gracia me ha quitado todo espiritu de vergüenza y de debilidad. Si quieren les contaré mi historia, y yo os aseguro, que no volveran á hablar una palabra.” Nosotros conjuramos á todos los que lean la narracion de este suceso, en que brilla de una manera tan viva y tan admirable, la misericordia divina, á orar por este generoso hijo de la fe á fin de que tantas gracias produzcan en el los frutos de una salud eterna.

El mismo dia y á tiempo que nuestro oficial entraba en la Iglesia, un medico de 55 años de edad, que vivia en uno de los departamentos de la frontera, se encontraba en Paris hacia algunas semanas por asuntos particulares, atravesaba la plaza de los padres menores, é iba para un gabinete de lectura, el de la galeria Viviana, para leer el diario. Vió abierta la Iglesia, y entró con el fin de observarla: se comienza el sermón, lo escucha: la conversion de S. Agustin le hace impresion, hace esta reflexion: S. Agustin todavia infiel se rinde á la gracia, abraza la fe catolica, practica todos los

deberes que impone, encuentra en ella su felicidad hasta el ultimo dia de su vida; y es para el fuente de una gloria que no se ha eclipsado despues de tantos siglos; y yo, nacido y educado en la fe, la he abandonado hace treinta y ocho años. Desde que se comenzó esta epoca yo soy esclavo de unas pasiones brutales y vergonzosas que no me dejan ningún reposo, y que nunca puedo satisfacerlas. Yo no puedo estorbar la vergüenza que esto me causa, yo no soy feliz. Este pensamiento se apodera de su espíritu y no le permite diversion alguna. Le fatiga al grado de que al fin del sermón sale para buscar alguna distraccion. No la encontrará porque la gracia, por decirlo así, se encarniza en perseguirle: el va, el viene y siempre tiene presente este pensamiento saludable: el dardo se le clava mas y mas. Toda la noche sin sueño, revuelve este pensamiento en su cabeza, hasta que al fin se ve forzado á meditar en el. Agobiado con el peso de tanta agitacion toma un partido, y es el de vernos á la mañana siguiente y esplicarse con nosotros. El lunes entra en la Iglesia al momento de abrirse, nos ve ir y venir, quiere acercarsenos, una falsa vergüenza, el orgullo se lo impiden. Pasa seis horas en la Iglesia en unos com-

bates que es imposible describirlos: mas de cien veces está á punto de rendirse, pero se halla en la presencia de Maria: es ya una de las conquistas de su amor por los pecadores. Es preciso que su resolucion sea asegurada por los combates y las pruebas; pero ella no permitirá que sucumba. Sale muchas veces de la Iglesia, da algunos pasos para retirarse, pero siempre se siente detenido por una fuerza interior que no puede resistir. Nos ve salir de la Iglesia al medio dia, nos sigue, se nos acerca en la calle y nos pide una entrevista particular. A las dos horas entra en nuestra recámara. Apenas se sienta cuando escala profundos suspiros. Admirados le dijimos: "Mi señor, nos parece que estáis vivamente afectado, habeis deseado hablar con nosotros. Yo sería muy dichoso si pudiera procuraros algun consuelo." El nos respondió: "Teneis en vuestra presencia, Sr. Cura, á un hombre que ha abandonado á su Dios y á su fe, que lleva 38 años de ser un vil esclavo de sus pasiones, un hombre que se ha abandonado á sí mismo y va á perderse por la desesperacion, dadme os ruego una mano favorable y no me abandoneis." Nos dió razon de todo lo que le habia pasado hacia dieziocho horas. No necesi-

taba esta alma afligida mas que confianza en la misericordia divina para asegurar su conversion. Dios nos hizo la gracia de inspirarsela. Se confesó antes de retirarse y luego volvió á entrar el reposo en su espiritu afligido.

La gracia hace grandes progresos en su corazon, el ha venido á ser un hombre de oracion y uno de nuestros mas edificantes parroquianos. Se le ve pasar todos los dias muchas horas en oracion en la Iglesia, entra por la mañana y sale cerca de medio dia. La obra de su reconciliacion con Dios fue luego consumada, y no tardó en ser admitido á la dicha de sentarse en la mesa de los angeles, y á poco tiempo, fue admitido á la frecuente comunión. Algunos dias despues que tuvo la dicha de comulgar nos dijo: "Nada me detiene ya en] Paris, todos mis negocios están concluidos; sin embargo yo quiero detenerme algun mas tiempo. Yo vivo en una grande soledad y al mismo tiempo en una total independenciam, que me permiten contraer facilmente los habitos de una vida cristiana. Yo de nadie dependo, soy celibatario, nada padecerá mi pais por mi ausencia: hay otros medicos que podrán reemplazarme." El no ha dejado á Paris sino hasta el 2 de Setiembre de 1838.

Asi es como despues del habito de los ejercicios de una vida pura, cristiana y agradable á Dios, esperamos que su adorable bondad coronará tantas gracias por la perseverancia final.

Por ultimo y siempre en este dia de S. Agustin casi al mismo tiempo que los anteriores, un estudiante de 23 años de edad, originario de un departamento de la Provensa, pasaba por la plaza de los padres menores; ve abierta la Iglesia y entra. Este joven hace cinco años que habita en Paris y su domicilio es el cuartel latino. Educado cristianamente por los cuidados de una madre piadosa, habia cumplido siempre sus deberes hasta su venida á Paris; pero desde esta epoca ¡ah! todo lo ha despreciado, todo lo ha olvidado. Acaso todavia no ha perdido la fe; pero su luz está oscurecida, el ya no piensa en ella. Como otros muchos, se ha dejado dominar de los deleites vergonzosos y criminales, para los que esta nueva Babilonia ofrece tantas ocasiones y tantas desgraciadas facilidades: es un libertino en toda la estension de la palabra. Su pobre madre á distancia de doscientas leguas de el, no puede echshortarlo mas que por cartas, á conservar los principios que le ha inculcado: le escribe frecuentemente y siempre con

ternura. Nuestro joven ama mucho á su madre, no se atreve á responderle sobre este artículo, y conoce bien cuan sensible le será este silencio. Continuemos.

Entra en la Iglesia al tiempo en que pintábamos las inquietudes, los dolores y las lagrimas de santa Monica mientras que S. Agustin vivia en sus desarreglos. Queda profundamente conmovido, cree ver llorar á su madre por el. El regocijo, el consuelo de santa Monica por la conversion de S. Agustin: la tranquilidad con que muere la santa porque ve en su hijo un cristiano fiel y fervoroso, le hace pensar en la cruel amargura de que el llenará los ultimos momentos de su buena madre, á quien tan tiernamente ama, y de cuya infelicidad el será la causa, si no abandona la vida corrompida en que se pierde. Su corazon se enternece y derrama copiosas lagrimas. Sale de la Iglesia para ocuparse mas á su placer de esta idea que no le deja. A la mañana siguiente vino temprano á buscar á uno de nuestros hermanos, á un sacerdote adscrito á nuestra Parroquia á quien el conocia. Le contó todo lo que le habia inspirado la gracia: le manifestó que deseaba hablar con nosotros, y le preguntó si le recibiríamos. La respuesta

fue afirmativa, y en tal virtud se señaló el dia en que vendria á vernos; pero la gracia tenia otros designios. Este estudiante era interno en un hospital, y ese mismo dia recibió orden de que se entrase: su mansion debia ser larga. Por lo mismo escribió al sacerdote que siempre insistia en su deseo de vernos, que lo esperaba. Se le dijo que era mejor se dirigiera al padre limosnero del hospital. Siguió nuestro consejo, y ha recibido la gracia de la reconciliacion. Hemos sabido que persevera en ella, que es un apostol entre los antiguos compañeros de sus desordenes, que la gracia bendice sus esfuerzos, y que muchos, por su zelo, han vuelto á entrar en los caminos de Dios.

Muchas señoras se han convertido tambien en este dia.

No solo resplandece el misericordioso poder de la augusta Maria en favor de los pecadores que están dentro del templo cuando se le invoca; sino que tambien ha obrado milagros de curaciones espirituales en el centro, en los extremos de la Francia, y aun mas allá de los mares. Citaremos algunos ejemplos de aquellos que nos parecen mas admirables

Una señora casada habitaba hace algunos años

en Paris con su marido. Embriagada del mundo se entregaba con exceso á sus fiestas y á sus placeres. La lijereza de su conducta habia comprometido su reputacion. No tenia ya ningun sentimiento regilioso. Su marido, hombre prudente y cristiano, habia probado sin sacar fruto, el camino de las ecshortaciones; el conoció la necesidad que tenia de alejarla de las amistades que la perdian. Para esto mudó su domicilio á mas de cincuenta leguas de la capital. Ensayó pero inutilmente los medios de volver esta alma á la razon. Cuando le presentaba algun discurso religioso, ella le respondia con impiedad y á sangre fria: "Es inutil todo lo que me dices, porque yo ni aun creo que haya Dios." Su marido supo la institucion de nuestra Asociacion, se hizo inscribir en ella desde su principio y solicitó las preces en favor de su muger. La recomendamos é hicimos las preces publicas por ella, pero nada resultó: Dios queria probar su fe y su confianza. Continuamente ocupado del deseo de la conversion de esta alma que le tocaba tan de cerca, concibió la idea de hacerla inscribir en el numero de los asociados, como un acto de consagracion, que el hacia de ella á Maria, para escitar su compasion sobre

su triste estado, prometiendo á Dios rezar todos los dias, en su nombre y por ella, la oracion ordinaria de los asociados, el Ave Maria. Hizo comunicarnos su deseo por medio de una señora parienta suya: no encontramos motivo para rehusarnos. Era esto en sabado y debiamos abstenernos de especificar la fecha en un caso tan delicado. El domingo siguiente ofrecimos por ella las preces publicas: el lunes por la mañana á las ocho, sale esta señora de su recamara deshecha en lagrimas, ecsalando suspiros, entra en la de su marido, se echa á sus pies, le pide perdón de su conducta pasada, le dice que Dios le ha hecho conocer en la noche anterior el horrible estado en que se hallaba en su presencia, y que quiere convertirse: le ruega le escoja un confesor para poder comenzar ese mismo dia la obra de su reconciliacion. Su marido va luego á comunicar este venturoso suceso al Cura de la Parroquia en que habita, quien vuelve muy pronto al rebaño del divino Pastor á esta oveja extraviada. Despues hemos sabido que esta señora es hoy dia, por su vida enteramente cristiana, el consuelo de su marido y una materia de edificacion para la villa que habita. Gloria, honor, amor y bendicion á la mise ricordia

y muy poderosa Maria, porque es á la tierna compasion de su Corazon por los pecadores, á quien debemos, despues de Dios, la vuelta de este hijo prodigo.

Una señora viuda de una de las ciudades maritimas de la Francia tenia un hijo de 23 años de edad. Esta señora muy piadosa, habia dado á su hijo la mas religiosa educacion. No se necesitó mas que de la residencia de unos cuantos años en Paris para que perdiera este joven los principios en que habia sido educado. De vuelta al lado de su madre, á quien amaba tiernamente, gastaba con ella los procederes mas tiernos y mas respetuosos. Una sola cosa traspasaba el corazon de esta buena madre, y era que su hijo no practicaba acto alguno religioso. Lo exhortaba, le rogaba, lo estrechaba; pero todo era vano.

Entretanto vino ella á Paris, se aloja en nuestra Parroquia, asiste á los oficios, y sabe que hay una asociacion de preces para pedir la conversion de los pecadores. Quiere entrar en ella, nos abre su corazon y nos pide rogar por su hijo: se vuelve á sus hogares. Poco tiempo despues un amigo de su hijo le da á leer el libro impío de las *Palabras de un Creyente*. Esta lectura

trastorna la moral del joven. Hasta entonces jamas se le habia oido decir palabra alguna contra la Religion: apenas el ha leído este libelo, cuando ha venido á ser un fanatico por la impiedad. Su fisico fue tan alterado como su moral. Una fiebre ardiente se apodera de el, lo tiene en una agitacion continua, destruye sus fuerzas y lo consume: sus ojos, ordinariamente apacibles, vinieron á ser y estaban de contiuvoo furiosos: se ha puesto palido y seco de una manera espantosa, está enteramente privado del sueño y no puede tomar ningun alimento. La memoria de su madre: lo que esta nos habia dicho de su hijo nos habia interesado vivamente, se nos representaba con frecuencia y la habiamos recomendado muchas veces á las preces.

Un domingo por la mañana se nos acerca en nuestra sacristia y nos dice: "Me reconoceis señor Cura?"... Perfectamente señora: sois la madre de un joven que nos habeis rogado recomendar á las preces de la Asociacion..." ¡Oh! señor Cura, yo vengo espresamente á Paris para hablaros de él, y dar las gracias á la Santisima Virgen por la que S. M. ha obtenido para mi hijo. El se ha convertido y me causa ahora tanto consuelo, como me habia disgustado por lo pasa-